

Tal es la descripción, si bien que muy sumaria y compendiada, de lo que el tiempo y sobre todo la barbarie de los hombres, nos han dejado de aquella desgraciada ciudad que Alejandro incendió en un momento de embriaguez, y que en nuestros tiempos poco ha faltado para que desapareciera enteramente, merced á la ignorancia de un gobernador. Frecuentaban entonces la Persia un gran número de europeos con carácter diplomático, y con este motivo quedaban exentos de gastos de viaje; pocos dejaban de visitar las ruinas de Persépolis deteniéndose allí algunos dias; y como el gobernador notase que el gasto iba cada vez en au-

mento, exclamó en un momento de mal humor: « Vayan al diablo los francos con su curiosidad; yo les aseguro que les impediré que en adelante hagan mas peregrinaciones á Teheelminar. » Y al momento dispuso que se destruyera todo cuanto quedaba de aquellas antigüedades; pero la órden se ejecutó muy lentamente, merced al interés que tenían los habitantes del lugar en conservarlas por la cuenta que les llevaba la estancia de los extranjeros en ella. El mismo rey dispuso que se suspendiera aquel acto de vandalismo, y las ruinas de Persépolis todavía llaman la atención y son estudiadas con interés por el anticuario.

Reflexiones sobre la naturaleza.

Por M. Sturm.

I.

Indiferencia con que se miran las obras de la naturaleza. — Su contemplacion es un manantial de placeres para el ánimo y una escuela para el corazon. — La creacion, la naturaleza y sus leyes generales.

El espectáculo de la naturaleza tiene cosas tan pasmosas, é interesa tanto á que le contemple cualquiera que desee nutrir su espíritu con grandes verdades, y su corazon con los sentimientos mas dulces, que debemos admirar justamente la frialdad con que la mayor parte de los hombres miran las obras de Dios.

Sin embargo, cuando se reflexiona sobre el poco interés que toman de ordinario en las cosas que no conciernen á su comodidad, y á las diversas pasiones que los agitan, cesa la admiracion y se concibe fácilmente por que Dios, á pesar del lenguaje tan enérgico del cielo y de la tierra, es tan desconocido.

Una de las principales causas de esta indiferencia, es la falta de atención. Acostumbrados á las bellezas de la naturaleza, no admiramos la sabiduría que tienen por divisa, ni reconocemos, como debiéramos, las innumerables utilidades que nos resultan de ellas. Hay muchísimos hombres que son semejantes á la oveja estúpida, que paca la yerba de los prados, y se recrea y apaga su sed á lo largo de los arroyos, sin inquirir de donde la vienen los bienes que goza, y sin sospechar la mano que se los prodiga tan liberalmente. Así los hombres, aunque dotados de facultades mas excelentes, y que por lo mismo logran mayor parte en los beneficios de la naturaleza, casi nunca piensan en el origen de donde nacen, y aun cuando la sabiduría y la bondad de Dios se manifiestan tan palpablemente que debería excitar su admiracion y reconocimiento, no atienden á ellas, porque están acostumbradas á verlas, y el hábito les hace indiferentes é insensibles.

Otros miran con frialdad el espectáculo de la naturaleza por ignorancia; ¿Cuántos hay que no tienen conocimiento alguno aun de los fenómenos mas ordinarios! Ven todos los dias salir y ponerse el sol; sus campos se humedecen y fecundan, ya por la lluvia y el rocío, ya por la nieve; se repiten á su vista en cada primavera las mas admirables revoluciones; pero poco celosos en buscar las causas y los fines de estos diversos fenómenos, viven sobre este punto en la mas profunda y vergonzosa ignorancia. Verdad es que por mucho que nos empeñemos en estudiar la naturaleza, hay siempre mil cosas que quedan incógnitas é incomprendibles para nosotros; y nunca se manifiestan mejor los es-

trechos límites de nuestras luces, que cuando emprendemos el profundizar sus operaciones. Mas á lo menos podríamos adquirir de ellas un conocimiento suficiente; y ¿qué labrador habría que no pudiera llegar á comprender cómo es que el grano de que siembra sus tierras, germina, brota y le dá ciento por uno?

Desprecian otros las obras de la naturaleza, porque solo piensan en sus actuales intereses. Los objetos que no satisfacen inmediatamente, y de una manera sensible, á nuestros desenfrenados deseos, los juzgamos poco dignos de nuestra atención. Nuestro amor propio es tambien tan injusto, y conocemos tan mal nuestros verdaderos intereses, que menospreciamos las cosas que nos son mas útiles. El trigo es una de las plantas mas indispensables para nuestra subsistencia, y con todo vemos campos enteros cubiertos de esta produccion tan útil de la naturaleza, sin dignarnos fijar en ellos la vista.

Hay muchas personas que descuidan el contemplar la naturaleza por desidia. Gustan mucho de su reposo y conveniencias, para quitarse algunas horas de sueño y emplearlas en la consideracion del cielo estrellado; no pueden resolverse á dejar temprano su lecho para ver salir el sol; se desdeñarian de inclinarse á la tierra para observar el arte admirable que se descubre en la estructura de la yerba. Y estas mismas gentes, esclavas de sus conveniencias y comodidades, están no obstante llenas de ardor y de actividad cuando se trata de satisfacer sus pasiones. Seria una especie de martirio para el gloton y el jugador el verse obligados á consagrar á la contemplacion de un hermoso cielo estrellado las horas que malgastan en los banquetes y en el juego. Un hombre que caminaria muchas leguas para gozar de la presencia de un amigo, rehusará dar un paso para ir á observar una singularidad de la naturaleza.

Pero estos hombres aun serian menos infelices si el desdeñarse de considerar las obras de la naturaleza, no dimanase en muchos del olvido que tienen de Dios. El que no siente gusto á la piedad ni á las obligaciones que le impone, no se toma el trabajo de conocer la mano que sacó de la nada todos los seres. Pagarle el tributo de amor y reconocimiento que exigen sus beneficios, es para ellos una ocupacion desagradable y penosa; y aun es de temer que esta sea una de las